

## **El porqué de la lluvia y otras heridas**

Paula Marrafini<sup>1</sup>

Agustín se murió ayer, se tiró cuando pasó el tren, se quedó en las vías. No hay forma elegante de decirlo, no hay forma de suavizar la verdad. El tren no pudo parar, si había alguien al lado no pudo detenerlo, los amigos cercanos no nos dimos cuenta, los no tan cercanos tampoco, nadie se imaginaba, nadie sabía. Me abrazo por teléfono con algún conocido, nos pasamos las culpas, y cortamos.

El sábado se hace domingo, estiro las piernas y me suenan las rodillas antes de levantarme lo más tarde que pueda para buscar un poco de sol, tanteo debajo de la cama las ojotas, me despejo de los ojos las pelusas de la noche, corro la cortina y los achino porque ya sé que me va a pegar la luz directo en las pupilas. Pero no, el sol está en alguna otra etapa porque el cielo tiene un color rojo como un tomate, que varía a más o menos oscuro según el sector que se mire, y más que luz hay una sombra violácea que enrarece la mañana. Presto un poco más de atención, me concentro en el cielo, me pongo los lentes para ver de lejos, ahora sí lo noto, son las nubes. Hay una manta de nubes rojas que cubre al sol, no son los colores solares del amanecer, eso ya pasó hace horas. Me hago un té mientras pienso en el cambio climático, en que no creo que el clima tenga ganas de cambiar, y en si estaré equivocada en no creer, en tener esta postura escéptica y anti ecologista. Suena un primer trueno, alcanzo a espiar el relámpago posterior desde la cocina, y después sí, el diluvio. El ruido de la lluvia parece que se multiplicara en los otros departamentos y se suma al de puertas que se abren, de gente que habla fuerte, o que grita, o que llora. Me acerco al balcón con un trapo de piso y una toalla, porque suele filtrar hacia el comedor en las tormentas fuertes, y cuando veo la lluvia, mejor dicho, cuando veo el color de la lluvia, entiendo el revuelo del edificio. El agua de lluvia que se estanca en mi balcón es roja como las nubes, las gotas son gordas y anchas, las toco como primera reacción, tocar para entender. No debería tocar una lluvia con aspecto de lluvia tóxica, pero tengo un presentimiento, por el color, por cómo se adhiere y se espesa a los pocos segundos. Estoy casi segura. Es sangre. Llueve sangre. Salgo al balcón con piloto y me asomo hacia la calle para espiar el alboroto de afuera. Hay una especie de fascinación desesperada, los paraguas se les manchan como si tuvieran varicela, los limpiaparabrisas de los autos no sirven porque la sangre se coagula ni bien toma contacto con el vidrio. Y además está el viento que viene desde el norte, que en vez de llevarse las nubes las amontona, las choca y las descarga. ¿Cómo se le llama a que llueva sangre? Se van a multiplicar las explicaciones místicas y de milagros, seguro van a salir a hablar mis amigos los ecologistas porque esa es la explicación más racional. Busco en el celular novedades mientras disfruto del espectáculo. Para los periodistas son residuos contaminados de quién sabe qué fábrica, y sin embargo ahí están mis vecinos abajo, dejándose mojar, curiosos,

---

<sup>1</sup>pauneurology@gmail.com

irresponsables, felices ante lo diferente. Escucho en las noticias que las iglesias cerraron porque los más creyentes y temerosos las tomaron como refugio y ya no cabe un alfiler.

¿Cómo se le llama a que llueva sangre? Cuando hay tormenta con viento sur es una sudestada. ¿Sería entonces una “sangrestada”? Una nueva categoría meteorológica, un descubrimiento del tercer milenio, ni la era de piedra, ni la era de hielo, la era de la sangrestada.

Por esa cosa de asociación que tiene nuestra mente me acuerdo de Agustín, su sangre entre las vías, el cuerpo vacío, y tanta sangre ahora por todos lados, tanta como que se podría llenar su cuerpo de nuevo, tanta como para que las garrapatas se indigesten y los vampiros se jubilen.

Seguramente Agustín hubiese escrito una buena poesía con este panorama, a los poetas no se les escapan estos escenarios. Hubiese escrito algo así como: “...el piso es un estero escarlata que raspa de hojas mojadas...”. Puedo imaginarme las palabras. Después de todo, diría, para qué existe lluvia si no es para de vez en cuando volverse sangre.

Insisten en las noticias, ahora de residuos tóxicos pasamos a desastre ecológico, y es que la lluvia no para. La calle frente al departamento parece un río que se escapa por las esquinas con un oleaje que intimida. Como era de esperarse el balcón se desborda y la sangre entra hacia mi casa, avanza según la declinación del piso flotante y se detiene a unos centímetros de mis pies. Prendo la tele para ver otras ciudades, es general, el país está teñido de rojo y el gobierno da instrucciones: que nos quedemos encerrados, que cierra los colegios y las oficinas públicas, que los negocios solo los de comestibles, que en los hospitales solo las guardias, que hay casas que se inundan, que hay una epidemia de ataques de pánico, que van a analizar el líquido de la lluvia, que puede que contagie algo, que contamine, en fin, que estamos en cuarentena.

Pongo toallas en el ventanal del balcón para evitar el desborde, no uso guantes, no me importa, yo tengo mi propia teoría sobre los hechos, lo que más me importa es resguardar el piso flotante que si se moja mucho, chau, hay que cambiarlo. Estoy concentrada en mi tarea (nada fácil por cierto porque tengo que escurrir las toallas y trapos una y otra vez) y me cae una gota en la cabeza. La gotera del comedor de nuevo, es que el vecino tiene el mismo problema con el balcón, en realidad todos los que vivimos acá lo tenemos, vicios de construcción le dicen los arquitectos. Tengo un único balde y ahí va, a recibir lo que manda el vecino de arriba, ni me preocupo en ir a avisarle porque lo vi abajo entre la multitud empecinado en limpiar su auto como sea. A mis vecinos como a mí la sangre nos entra por todos lados, su balcón drena en mi comedor, y mi balcón debe salpicar a algún sector del de abajo, y así sucesivamente. El celular me envía información sin que la pida, algoritmos, IA, algo de eso. Hay un artículo sobre un caso similar en India, otro en Irán, en la India era por esporas de hongos y en Irán por óxido de hierro, ambas situaciones generaban lluvia roja. Espero que los algoritmos también le manden la información al gobierno así nos liberan. ¿Quién puede tolerar de nuevo el encierro? ¿Cuánto van a tardar en analizar la lluvia? Si con un microscopio electrónico común ya se ve la composición molecular. Tardan porque... yo sé por qué tardan, nunca es fácil hacer pública la verdad. Sigo con la limpieza de trapos, y cambio el balde porque ya está a tope. Las gotas caen de a dos, y hacen un ruido como una especie de tic-tac. Tic-tac, cuánto tiempo nos queda como

especie, tic-tac, cuánto tiempo le queda al gobierno, tic-tac cuánto tiempo me queda. Cuando caen las más gorditas se parecen más a un latido cardíaco, toc-toc.

A lo mejor Agustín sabía de este panorama y por eso decidió irse antes, esa cosa de intuición que tienen los poetas. Pero no Agustín, estabas equivocado, en todo caso viste una imagen de lo que pasa en el mundo sin vos.

Ahora sí, estoy segura, solo falta que alguien sensato cuando mire los glóbulos rojos en el preparado del microscopio lo confirme. En el sur de la tierra, en este país porfiado y lleno de cicatrices, cuando un poeta se muere, llueve sangre.